



LOS NIÑOS SIEMPRE DICEN LA VERDAD O ¿QUIÉN ME ESCONDIÓ LOS ZAPATOS NEGROS?

EDUARDO GUERRERO DEL RÍO
Crítico teatral

Palabras iniciales

Para ser sincero, no tenía muchas ganas de escribir estas líneas. Entre las razones estaban el sentirme un poco presionado y el no encontrar demasiados elementos interesantes para analizar. Mal que mal, acúsome de ser o pretender ser amigo de la Nena y Rodrigo; acúsome de ser crítico teatral; acúsome de considerar que la obra *¿Quién me escondió los zapatos negros?* ha tenido un éxito que va más allá de su real trascendencia y valor artísticos. En definitiva, lo que me movió a poner por escrito algunas ideas es para hacer un llamado de atención sobre el exagerado triunfalismo con que se ha tomado esta pieza, tanto por el propio grupo, un sector de la crítica "especializada" como del mismo público que ha llenado las butacas casi todas las funciones. Esto queda, a mi entender, muy bien sintetizado con esa especie de "adoración" que se siente cuando Italo Passalacqua, en sus comentarios en un periódico santiaguino, habla bien de una obra -como es el caso-, sobre todo si es casi un lugar común, entre la gente de teatro, el decir que sus comentarios son generalmente intrascendentes. ¿Quién entiende a quién?

El teatro chileno necesita una urgente renovación. En sus bases. Vivimos un oscurantismo y una ceguera crónica. Por ejemplo, nadie se ha preocupado de "enseñar" al es-



pectador a tener una postura más crítica sobre los productos artísticos que se le entregan. El cuento de que vamos al teatro a pasarlo "bien" ("bien" como sinónimo de ver espectáculos superficiales, como muchos café concert o comedietas de enredos, por ejemplo) carece de todo sentido, pues, desde esa perspectiva, acabo de pasarlo muy bien con el montaje, en alemán, de Peter Stein sobre *El jardín de los cerezos* y cuya duración era de cuatro horas. Tampoco basta para ello, a nivel programático, decir que "creemos que los espectadores saldrán renovados de cada función, conociéndose más a sí mismos, y asumiendo el mundo que nos tocó vivir con mayor humor y comprensión". Por lo mismo, me resulta paradójico el fenómeno que vivió el propio Teatro de la Universidad Católica: por un lado, las funciones de *La danza macabra*, en la sala 1, se efectuaban con un reducido público, lo que me parece "escandaloso" dada la importancia del dramaturgo (August Strindberg) a nivel del desarrollo de la historia del teatro y, más aún, del interesante montaje del director sueco traído especialmente para la ocasión y del convincente trabajo actoral de Gabriela Hernández y Roberto Navarrete; por otro, en esos mismos momentos, el lleno era total en la sala 2, con un predominio de un público juvenil que sabía, de antemano, que lo iba a pasar bien y, de

paso, podría aplaudir a sus ídolos televisivos. A su vez, el Teatro Nacional Chileno, después de un año 90 realmente vergonzoso y de un inicio de temporada bastante desacertado (con el montaje de *Golondrina*), corría un riesgo al montar a otro clásico como lo es Henrik Ibsen, con su obra *Juan Gabriel Borkman*. También sus butacas han estado semivacías. Bien por el riesgo.

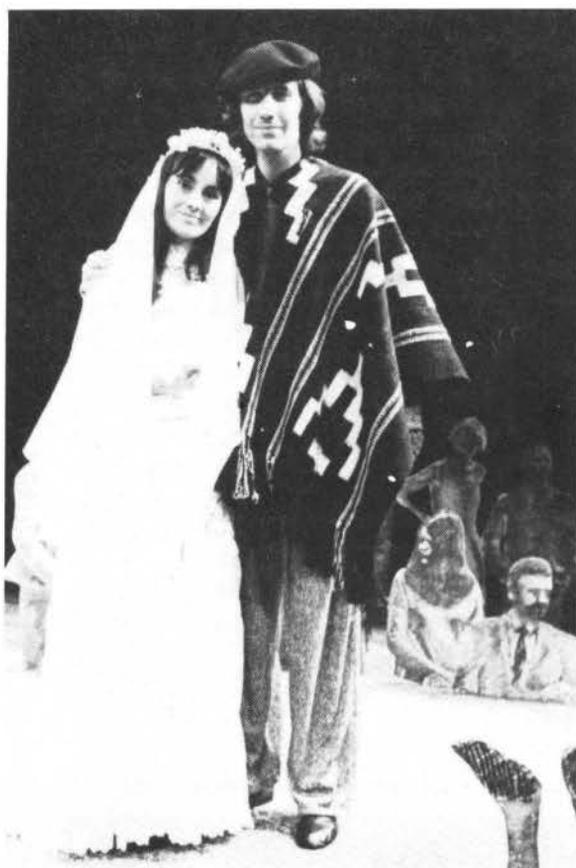
Teatro Aparte

Desde su primera producción (*El monstruoso orgasmo de Tokito*) en 1988, y luego con *la Ensalada a la chilena* (1989) y con *¿Quién me escondió los zapatos negros?*, el grupo -conformado por Elena Muñoz, Magdalena Max-Neef, Rodrigo Bastidas, Alvaro Pacull, Gabriel Prieto- ha dado muestras claras de sus intencionalidades básicas: en primer lugar, hacer del humor el arma más eficaz para cautivar al espectador siempre necesitado de esa verdadera terapia colectiva; en

segundo lugar, en relación con lo anterior, aprovechar las condiciones innatas de la mayoría de los integrantes del grupo para incursionar en este ámbito (con el peligro que conlleva "encasillarse" en un tipo de género teatral); en tercer lugar, incursionar en una dramaturgia propia (no es casual que sus tres montajes sean creaciones colectivas), que se acomode a sus peculiares necesidades expresivas. A pesar de esto, no se ha evidenciado una evolución como grupo, pues, sin lugar a dudas, *El monstruoso orgasmo de Tokito* (sin éxito de público) ha sido la propuesta más experimental y de mayor riesgo en su búsqueda de un lenguaje que diera cuenta de ese rescate de una identidad latinoamericana; en *Ensalada a la chilena*, a través de un diálogo ingenioso en muchos momentos, perciben que el elemento humorístico se puede transformar en el eje generador de las situaciones dramáticas estructurantes de futuras creaciones. Y así se llega a esta última producción escénica.

Elena Muñoz, Alvaro Pacull, Gabriel Prieto, Magdalena Max-Neef y Rodrigo Bastidas Foto: Bernardo Mendoza.





Elena Muñoz y Alvaro Pacull. Foto: Bernardo Mendoza.

Acúsome de haber tenido treinta años

No puedo dejar de desconocer que en la sumatoria de diversos sketches que presenta *¿Quién me escondió los zapatos negros?*, a pesar de su heterogeneidad, se vislumbran elementos que, en sí, son un acierto, como lo ingenioso del diálogo político, en "De qué partido soy tú"; la ternura y la nostalgia de esa niña que va a visitar la tumba de su hermano, en "La muñeca de trapo"; el retrato fidedigno, a nivel "artesa", de un determinado sector social, en "Fiesta", a pesar de que no concuerda con esa alusión "jocosa" de la dictadura; la gracia unida a la añoranza de los padres (apoyo fotográfico) en "Los hombres no lloran"; en cambio, otras situaciones me resultan poco atractivas, ya sea por la

obviedad del texto, su reiteración o el buscado efectismo para producir la inmediata hilaridad por parte del espectador.

Un texto y un espectáculo como éste se fundamentan, prioritariamente, en la necesidad de los integrantes del grupo de exorcizar sus propias compulsiones internas. De alguna forma, esto se evidencia desde una doble óptica: en primer lugar, a través de un trabajo selectivo, las diversas situaciones de la obra son un reflejo, mediatizado por el tiempo, de las vivencias reales e irreales de los actores/personajes; en segundo lugar, la obra en su conjunto quiere decirnos que el humor es un buen atenuante de muchas situaciones, aunque éstas sean dolorosas. Por lo mismo, la escenografía de Ramón López (más bien, un esbozo escenográfico) tiene el objetivo de apoyar ese ámbito nostálgico por un tiempo desaparecido, a través de recuerdos/rostros/presencias/figuras, donde se empieza a tener conciencia de que la muerte es un hecho inevitable (papel del sepulturero).

En función de lo anterior, no resulta casual los inicios de los integrantes del grupo, cuando aún eran alumnos de la Escuela de Teatro de la Universidad Católica. Me refiero a su participación en el Teatro La Feria, de Jaime Vadell, en una época donde la mencionada compañía tenía una cierta trascendencia en nuestro ámbito teatral. Por eso, la influencia ejercida por Jaime Vadell es una realidad que no puede soslayarse a la hora de buscar referentes para insertar su propio trabajo en el panorama del teatro chileno actual. Lamentablemente, en estos últimos años el propio Vadell ha "tirado la esponja". ¿Ha afectado mucho la ausencia de ese "hombre de anteojos ahumados"?

No desconozco, ni mucho menos, la calidad actoral de los integrantes del Teatro Aparte. Esto mismo debiera ser una exigencia para incorporar en su repertorio textos de mayor envergadura, ya que "acúsome de haber tenido treinta años" y haber sufrido la dictadura, directa e indirectamente, de otra manera. Los niños siempre dicen la verdad. •